LEOPOLDO CASTILLA





Leopoldo Castilla



RELAMPAGUEAR

LEOPOLDO CASTILLA

RELAMPAGUEAR



Colección
Lima Lee





LEOPOLDO CASTILLA

Leopoldo Castilla.

Nació en Salta, Argentina.

Ha publicado una gran cantidad de poemarios, entre ellos *El espejo de fuego* (Salta, Argentina, edición del autor, 1968), *Nunca* (Buenos Aires, Ultimo Reino, 2001), *El Amanecido* (Buenos Aires, Ediciones El Mono Armado, 2005), *Antología Poética* (Caracas, Monte Avila, 2008), *Le Voleur de Tombes* (París, Francia, L´Oreill du Loup, 2009), *Manada* (Buenos Aires, Ediciones El Mono Armado, 2009), *Coirón* (Buenos Aires, Ediciones del Zorrito, 2011), *Guarán* (Salta, Ediciones Cornejo Araoz, 2012), *Viento Caribe* (Caracas, PDVSA, Petrocaribe y editorial Tesalia, 2015), *Nacer incendia,* Antología Poética (Lima, Perú, Summa, 2016), *Ngorongoro* (Córdoba, Ediciones Nudista, 2017), *La tienda de los milagros* (antología personal) (La Paz, Bolivia. Editorial Plural, 2017), *El caminante* (antología poética) (Quito, Ecuador, El ángel editor, 2018), *El don del alabado* (Córdoba, Argentina, Nudista, 2019) y *La última piel del mundo* (Córdoba, Argentina, Nudista, 2019). Como narrador ha publicado los siguientes libros de relatos *Odilón* (1975), *La luz Naranja* (1984), *La Canción del Ausente* (2006) y *El Arcángel* (Novela) (2007). Fue invitado por la Unión Soviética para escribir un libro que la editorial Progreso de Moscú publicó en 1990 con el título *Diario en la Perestroika*. Recibió premios nacionales e internacionales como el primer premio municipal de poesía de la ciudad Autónoma de Buenos Aires, bienio 1998-1999; primer premio de poesía año 2000 del Fondo Nacional de las Artes; Libro de Oro del año instituido por Fundarte por *Libro de Egipto*; en 2013 el premio Esteban Echeverría, con el voto de escritores de toda la Argentina; en 2014 el premio Konex, el premio Rosa de Cobre de la Biblioteca Nacional por toda su trayectoria y el Premio Internacional de Poesía Víctor Valera Mora que otorga el Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos de Venezuela y recientemente fue galardonado por toda su obra con el Gran Premio de Honor de la Fundación Argentina para la Poesía año 2018.

Relampaguear

Municipalidad de Lima

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Christopher Zecevich Arriaga
Subgerente de Educación

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

María Celeste del Rocío Asurza Matos
Jefa del programa Lima Lee

Concepto de portada:
Melissa Pérez

Diseño y diagramación:
Leonardo Enrique Collas Alegría

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Festival Internacional Primavera Poética

Harold Alva Viale
Presidente de la Organización

Comité Consultivo
Carlos Ernesto García (El Salvador)
Roberto Arizmendi (México)
Omar Aramayo (Perú)
Leopoldo Castilla (Argentina)
Omar Lara (Chile)

Director Cultural
Sixto Sarmiento Chipana

Asesor de comunicaciones
Luis Miguel Cangalaya

Jr. Buenaventura Aguirre 395.
Of.: K. Barranco, Lima.

https:/web.facebook.com/fipperu2019/

Lima, 2020

Esta publicación es un esfuerzo entre la Municipalidad de Lima y Primavera Poética para las ediciones de la colección del programa Lima Lee.

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa Lima Lee, apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

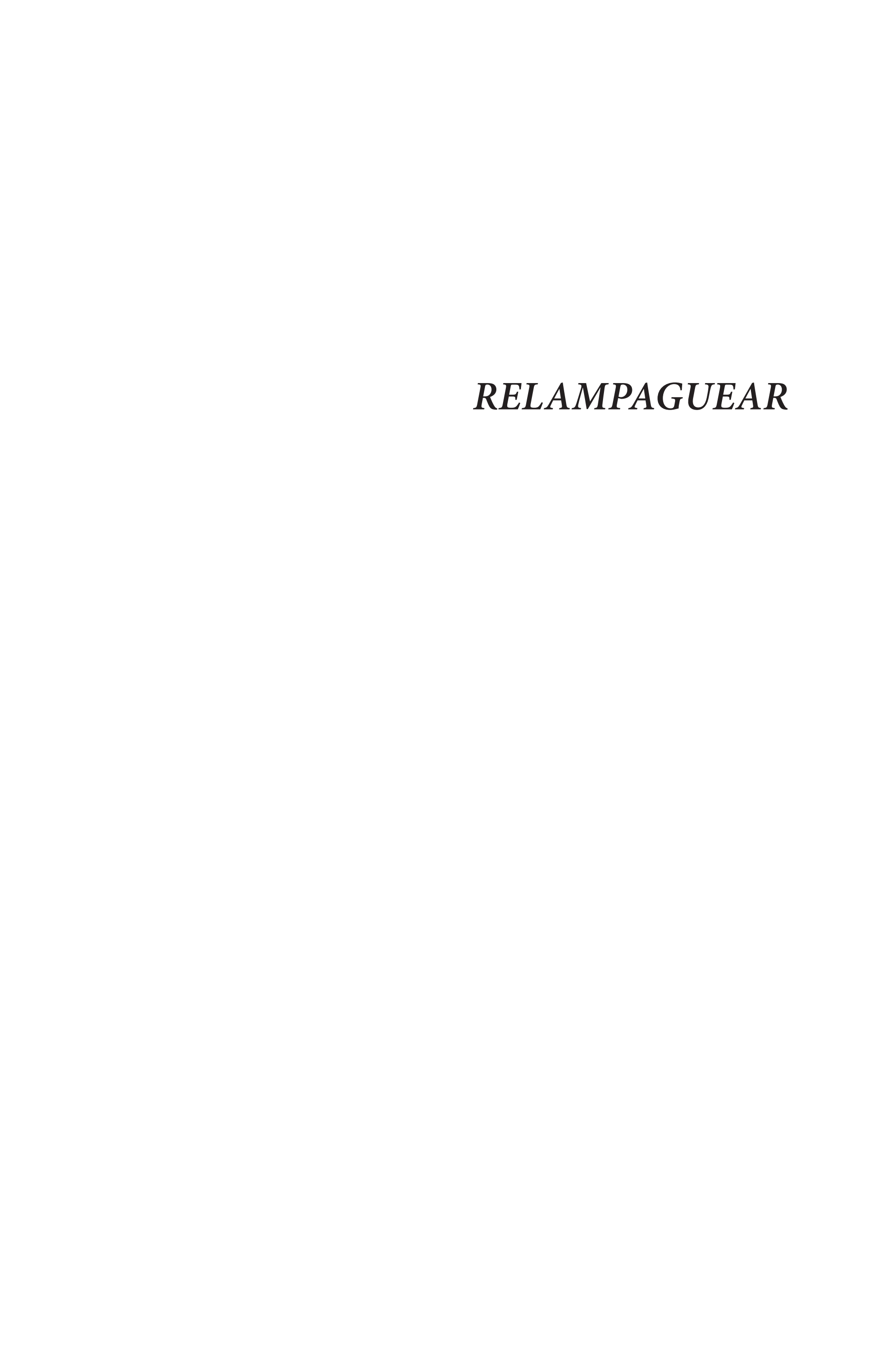
La pandemia del denominado COVID-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección Lima Lee, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa Lima Lee de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima



RELAMPAGUEAR

DE: CAMPO DE PRUEBA
(1985)

Sobre la perfección

La paloma perfecta
desciende a la basura
sobre las tablas rotas el agua muerta
los plásticos torcidos

cuando toque tierra
tendrá la armonía de la basura

también estos residuos
al llegar tenían la belleza
del que todavía es amado

el diseño del mundo puede ser la circulación
de estos inactivos objetos
su inmortalidad —lo neutro—
eres tú y yo y el oxígeno solo
y el río que supones aparte
y cada muerto

la armonía no resiste
a una paloma sola.

DE: TEOREMA NATURAL
(1991)

Secuencia

De la mano del hombre dormido
cae un libro al suelo
el ruido lo despierta
pero antes, en el sueño,
el hombre cierra
con el mismo golpe
                    una ventana

La catástrofe
es anterior a los cuerpos.

DE: BANIANO
(1995)

Sudeste

V

¿Quién puede decir que estuvo
en lo desencadenado
en estas tierras de mutación
donde los cadáveres brotan de sus flores?
Como el inmortal baniano
ese árbol pariéndose
así mismo,
deudo y difunto simultáneo
así el muerto
come y bebe
en la fiesta de sus funerales.

Aquí la unidad es el laberinto
y no hay un solo nacimiento
en tanta resurrección.

Número contra número
he visto, no más caer,
mi semen
devorado por las hormigas,
en el fondo del mar
a los corales
detenerse en el rayo
y en un río de la jungla
al agua suicidarse
vomitando fuego.

Todo extinguiéndose para salvarse
de esta plenitud, de esta alegría
que con delicadeza
ovula el exterminio,
mientras los árboles olfatean
la fiebre de la transmutación,
su largo día,
y suenan altísimos de modo
que no toque tierra la noche.

Esas fosforescencias somos nosotros
viviendo en la distancia que hay
entre el pez yendo a ser hombre

entre el hombre
                    yendo
                          a ser pájaro

todos con su verdadero cuerpo ausente
como la arteria suelta
de la libélula roja
o el Phra Ruang
el pez transparente de Sukhotai
ánima en el agua
donde pestañea su esqueleto.

Nadie puede decir que estuvo
sino suspenso
en el lenguaje de la selva
igual que un ciego
en una jaula de mariposas.

Ni siquiera este muerto podrá partir
aunque le ofrenden gotas de agua
para que vuelva
                    por las claridades
aunque suene el gamelán
para que escuche

la forma de la tierra
o le prendan fuego al toro
negro y dorado
                                        que lo contiene.
Cada llamarada trazará un tigre
quemándolo,
una víbora que salta
como un nervio entre dos luces
por la hoja del banano
y se iguana en un río
se martiriza en una garza
hasta que la jungla
la disuelva en sonido.

                                        La selva se encierra con huidas.
De la forma del muerto
solo queda este humo que entra en los pulmones
como un cielo que se descerebra.

Y un ausente
                                        que ha florecido el fuego.

India

V

A José María Parreño

Desimantándose:

La anciana dormida bajo dos paraguas
como en el oído de la muerte;
la vaca transparente que se va,
celestial, a su niñez antigua;
el peluquero cuyas manos trinan;
la única víscera que cuelga de la carnicería
su reloj de sangre;
los ciclistas que huyen de sí mismos
como un número
perseguido por sus ceros
y las ventanas donde se hunden, veladas, las mujeres,
las de órbitas

desnudas hasta la luna,
desimantándose.

A mitad del aire:

El santón que no sabe dónde ir a nacer;
la comida que sobrevuela la ciudad
de cuervo en cuervo, igual que la arquitectura
de mono en mono
se desarticula y se dispara
y el elefante, sí, el elefante en el aire
de tanto que no ha muerto
y el sándalo, ese perfume descalzo y el tambor
de flores hilvanando mujeres, pétalos, camiones,
dioses y caballos
                                y en el aire también
la tormenta que hipnotiza
los cabellos del anciano
toda la ciudad colgando
de las cometas
y del alarido del muecín, náufrago en el viento.

Abajo, al fondo:

Solo el mendigo
                    su número quebrado

y el ojo del cocodrilo
que mira cómo se ha volado todo
y no queda nadie
                    sobre la línea de flotación.

XVIII

Vas a entrar al templo de Anuman,
el dios mono,
unge tu lengua con ceniza,
            vas a ser innumerable

que tu cerebro ocupe
el sonido muerto de estas campanas
—él también es un eco
 de lo que está desapareciendo —
y cruza
bajo la lluvia de grasa
que desprende la demencia
de los que en esta habitación
rondaron
             lejos de su cuerpo.

Este es el patio, aquí da el sol
pero no llega
                  a la mujer que gira huyendo de sus cabellos
como un cometa
a la convulsa que se comió su sombra

y descubrió que es una grieta
                    lo que nos une al mundo

entra en la nave y únete al coro
mira
cómo nunca hay nadie en el canta
mira a los niños encadenados a la reja
despavoridos
en la telaraña
                    de su infancia
y a este hombre sin cielo
que intenta atravesar el muro.

Lleva tu ofrenda al fondo,
donde un anciano
con cuatro rocas sobre la cara
busca un centro de gravedad
pues lo mental
acumula a la piedra;
abre el lugar
para que esa mujer se pare boca abajo
y observa cómo no caen sus vestidos
clavada como está
en dirección al infierno.

Esta es la puerta y no tiene salida.
Pon aquí la huella de tu mano,
alguna vez sabrás
que eres tú
                el que dejaste dentro.

Y ahora vete por el barrial de Balaji
aturdido
por las radios que emiten la muerte,
las fornicaciones de los dioses
entre ex votos, humos y abalorios

y no intentas saber más.
                        Has lavado un basural
                                        con agua de tus ojos.

XIX

A Joaquín Giannuzzi y Libertad Demitrópulos

La brasa de la luz
y la carne
dilatando los hombres, afeminando el barro
hicieron Benarés.

¿Hay un sitio
donde se una lo sagrado y el cuerpo
que no sea en el asombro
de ir desapareciendo?

¿Quién sino el hombre que huye
de su propia distancia,
que se va quedando en lo que ya se ha ido
puede,
sin ver su llaga,
                    mirar un río?

No hay como su sensación
templo tan profundo
que deshunda el agua,
ni inmensidad
como la de seguir naciendo
para perder futuros.
Como el río.

Aquí viene a morir, en una casa azul espera
que se borren el día, sus hijos, el olfato y el tacto.
Junto a su mujer anciana
secreteándose
comen sus huecos,
intersticios de su historia
pedazos de un pan
que nunca podrá ser dividido.

Ella lo ayuda:
sí ocupa todo el recuerdo
le vendrá el olvido. Le deja, eso sí, que tenga,
su jarro, su nombre, su sombrero
(todavía está imantado)
y lo lleva al Ganges
para que alce el agua y la aplauda
y la deje caer en la luz

pues para cruzar el infinito
hace falta una infancia.

Junto a él, otros, van perdiendo su alguien
(también su alguien pierde
el que pide salvarse)

Todos
lámparas
con el agua al pecho
entre la vida y la muerte
perplejos
en un fuego sin instantes
hicieron esta turbulencia, estas lenguas sin gravedad
que unge el río
y tiemblan
de tanto adiós sin salir de la carne.

¿Qué media entre ese adolescente que se zambulle
y el niño
que flota
sin luna, en el fondo?
No es la muerte
sino la forma
en que los abandonó el espacio.

¿Qué abisma al hijo con esas varas encendidas
que, antes de prenderle fuego,
da vueltas alrededor de su madre,
que no sea señalar un sitio
                                  pues no hay sustentación
ni pierde distancia lo que cae?

Y entre la muerta
                 sin fondo, en su mortaja
y el esposo que se afeitó los cabellos
                                                   para despedirla
qué se rompe
sino un relámpago
y cada uno vuelve a su soledad
de no ser ni solo
pues a la muerte la une la asimetría.

Ese cadáver que pasa sobre la corriente
con un pájaro vivo
parado
sobre la profundidad de su cabeza
                                                   flor de agua
va como el río
de cuerpo presente
en su ausencia.

¿Dónde está Benarés
sino en todo lo lejos que estamos de nosotros?,
cruzando el día
como apagones, haciendo noche
en la fosforescencia,
buscando camino donde solo hay señales,
cada uno en su espejo
para que el otro no se vea, llamando dios
a lo inestable
queriendo llenar la velocidad
con una piedra

hasta llegar a Benarés
y hundirse en el río
para acabar en alguna forma
y ser uno la salida
a la que nunca llega.
Y el hombre le dice al dios:
esta es mi carne
la única que te queda.

Desde el río se ve el humo
solo hay una orilla
donde el muerto comienza.

Esa nube es él. Ahora se ve cómo
se sentía
y cuál era la forma que se desorientaba
en la forma que él era.

Ahora no importa dónde arde.
Tampoco en la vida
tuvo dentro ni fuera
ni lo retuvo un sitio.

Lleva una luz que la luz no toca.
No se detiene
porque todo lo atraviesa.

Lo dan al río. Se lleva
el agua sus cenizas.

Agua sin agua sentirán que llueve
cuando nunca vuelva.

DE: NUNCA
(2001)

Nunca

A Daniel Moyano

Es la misma mosca
bramando
en el mismo verano,
la misma vela temiendo por las habitaciones
y en su horca
                    el trueno;
el mismo niño ese hombre con el agua al pecho
bajo los cielos asustados.

No hay quietud
                    la sombra de ese árbol
                    esta copa de vino
                    un relincho
                    esparcen toda eternidad

Tu y yo,
            cada crepitación de la vida
y el astro seco
            como una máscara
en el vacío
somos infinitos
infinito
            cada sollozo
            cada paso que das y el que no has dado
y una pluma que cae
            y detiene la tierra
y el último estertor
que añade un laberinto.

El hombre
cría un animal, un caballo, un toro,
como quien alimenta a un dios antiguo
hasta que uno de los dos se lleva en los ojos
la extinción del otro
y es lo simultáneo
de la vida y la muerte
lo que tienen de inolvidables.

Cada vez que recuerda
es de nuevo poblaciones
un hombre solo
                    procreando derrumbes.
Dentro de esos lentos vendavales
resiste
          su criatura
emblemática y ácida
como una joya carnívora.

Nada lo contiene
es la misma marea en su antiguo abismo,
la misma inmensidad que expulsan
un hombre ciego
                    y una mariposa quieta,
la misma lengua
de la piedra haciendo piedra,
del pájaro
                    llamando al agua,
del trapo que se acobarda
en el cerebro de un loco.

No hay fugacidades
así como el mar día a día

llega, brillante, a su propio funeral
así
no cabes en tu tiempo
tu segundo está lleno de enormes batallas.

En el instante
no hay pérdida ni huida,
de esa breve eternidad
tenemos
la física de la leyenda.

No es el hombre un enigma
es que no hay nadie en él.
Su único don es mundo.

Hay, sin embargo, un sitio que no pertenece al universo
una grieta
que se fuga del mundo
y no retorna nunca :
y es cuando el hombre sabe que se muere.

Le queda grande la luz,
como colgajos
los días que le faltan,

que reptan dificultosamente
entre los amedrentados muebles del salón
y es inútil acudir en su auxilio
porque él, mudo, frente a una ventana
le ha dado
su palabra
a la muerte.

Ya no oye
los nombres de su vida lo han abandonado
son como piedras
          ahogadas
          en los arenales
          de su alrededor.

Mientras el salón se desordena
en una meticulosa desesperación
todo lo que lo rodea intenta un arco
que desciende y no cae
                    un hueco que sobresalga
una señal que lo ocupe
                    antes que no le quede nadie
pero él no tiene dónde
es la frontera.

Asilado en su nombre
absoluto en el sillón
discontinuo
fuera de la naturaleza

uno lo llama y gira la cabeza y nos mira
mientras el pasado lo deshora
y torna, último, a la insolación,
a fijar sus ojos
antes de que la ventana se desclave

mientras el mundo se va de su cerebro
como una luna lenta.

El muerto
difunde su instante profundo
desde lejos mueve una hoja, vuelca un vaso,
abre una puerta sin viento
para despedirse,
asola
con desahuciada luz
las poblaciones de sus cinco sentidos
y le devuelve
a la amada una tarde,

la sangre al hijo,
el hueco a la madre,
restituye su nombre al enemigo

toca, todo su deseo toca los desalmados
cabellos
de su mujer dormida,
entonces los objetos
sollozan estériles futuros
y la casa de llena de asfixia y tempestad,
de premoniciones.

De pronto
todo cesa.
          Y es él, cayendo en otra latitud,
esa gota desorientada en el borde de la mesa,
es él
     insepulto
          en esa mariposa
                    diciendo adiós
                              a su propia forma.

Lo sentirás ensordecer
con su ala de harapo

la levedad del mundo
vagar como un pez
perdido en la luz del espejo
desahogando
            su insondables ropas
            de finado

sabrás que estuvo
porque el día que adviene
                        no tendrá presente.

¿Cuál será, ahora, su comarca ?
¿La desazón de la luz,
la luna enferma dentro de las habitaciones,
un basural, sin recordar,
                                    huyendo ?

Vengo llovido
por sus aguas seniles y brillantes
han ahorcado
con sus inversos
            sietemesinos
            aires
las hojas del árbol de mi casa

me han soltado
vacas en pena
como muebles amarillos
en el corazón.

Huero y sagrado
soy el cubil
la boca de salida de mis muertos.

Ánimas

A Aníbal Alfaro

Un silbido largo, haraposo, final,
le hace un tajo a la tarde.
Alguien dice : «son las ánimas».

Y el niño que oye todo
sabe que el día que resta
colgará boca abajo
desinflamándose
como una camisa en la soga de la ropa,
y que no se hará noche
hasta que se sepa
el nombre de ese muerto
que vino a desterrarnos.

No hay sutura
de
tiempo
en
tiempo.

Los hombres no se alarman. A veces
pasan por aquí
bandadas de otro mundo.

DE: EL AMANECIDO
(2005)

La mesa de mis dioses

A Pedro González

Bebo con mis dioses,
con Xangó, dios del trueno, protector
del ebrio y del amante,
a quien he visto desimantar a las bahianas
marearlas
como si dentro les copulara una bandera,
que descendió en mí en Santiago de Cuba
por obra y gracia de Orula y de un babalao
cenizo
de cruzar la suerte de los hombres.
Bebo con Vishnú a quien no pude despertar
de su lento absoluto, cuando ascendiendo
una escalera enorme
lo vi yacer, sin mundo,
como una luna esperando el regreso del cielo.

Fue en Bali esa visión. La tierra
desaparecía
devorada por sus delicadezas.
Ofrendo y bebo con la Pachamama, porque le
/ pertenezco
arbolito que yo soy y nunca alcanzo
río que me llamo y nunca vuelvo,
y con el Señor del Milagro,
que brillaba como un fruto
en el terror
            en el luto
y el espejismo del alma de mis abuelos.

En la mesa, desnumerando, como suelen,
está el duende, con su mano de lana
y su mano de hierro
cicatrizando sus ojos debajo de la higuera.
Y el diablo, pobre hombre, aparecido en otra dimensión,
tahúr,
que solo como música puede entrar a este mundo.
De pie, a mis espaldas, está mi muerto. Lo desconozco.
Me dijeron «es alto y tiene el pelo blanco. Lo cuida».
Un extraño condenado a mi suerte,
un plenilunio de mi cuerpo. Y es que otras formas

/ duran
para sostener tu forma
y están vacíos todos los nacimientos.

Y estoy yo, ateo, sin iglesias,
milagroso.
Y en otro rincón, también yo, con siete años,
mirándome mirar
los sentires de mi madre
y a mi padre ardiendo,
maravillado,
herido
entre cantores difuntos.

Unos recién naciendo,
otros, en la muerte,
maldormidos,
nos amanecemos
aunque nunca llegue el día.

Estamos todos ocupando todo.

No falta nadie.
Y, sin embargo, la mesa está vacía.

Nacimiento de la simetría

A Osvaldo Torasso

De esas dos mitades solo una es real.
Hechizada por su aparición
y antes que la luz la disuelva
engendró la otra para verse.

Medio árbol es el que extiende sus ramas para tocarse,
medio hombre el que custodia su propia calavera
y solo con un ala y un espejo
vuela la mariposa.

Una desesperada volandería de mitades llena de
/ mañanas el mundo.

Siempre que la muerte, que es tuerta,
con su ojo demasiado solitario
no se atreve a mirar,
lo irreal semillará la tierra.

Oscuridad

Toco el espejo a oscuras. Una planicie indefensa
donde pierdo mi frontera
y mis huesos pierdo
como si el espacio me hubiera envenenado.

Si cruzo esta noche, si amanece
pínteme la vida
porque nunca es el mismo
                                        el resucitado,
de madre, en el mirar eternamente,
y, de tanto morir,
padre.

Soy yo la oscuridad.
Yo, las inclemencias del que no se ve

y,
porque he visto,
                            soy el que mendiga.

DE: MANADA
(2009)

IV

Vinimos antes.
Hay
lugares que el espacio desconoce.

Soy la luna que le aúlla al lobo,
me he infiltrado entre ustedes
convicto
con la intensidad de la hoja que cae
lejos de la naturaleza.
una esquirla que brilla en los residuos,
un génesis falso, una alegría.

Sobrevuelo la tierra
la tiemblo
igual que una lluvia que no ha caído todavía
olisqueo el mundo como a una presa.

No olviden el fulgor del instante que no está.
Los hombres llegan antes de venir.

Soy una señal
debo amamantar a mi madre
            después volver al sol.

VI

Éramos la misma criatura
cautiva
de formas esperanzadas.

Un nido de temporales en la energía
y dentro el árbol entero
descendiendo hacia el planeta
como una lámpara.

No son, todavía no son las hojas, la rama y la semilla
pero levita, se balancea
de felicidad, baja
como los copos de nieve
con los párpados cerrados sobre su geometría.

Y con él todos los latidos
que ofuscarán la rosa, los instantes
que caen del jazmín, el sigilo del liquen,
el pavor de la hiedra, el silbo del bambú
y el musgo sordomudo.

Flotan altísimos los pastizales lloradores,
unánime el cardón, la santabárbara de oro del maíz;
exacta la música de la brizna
y en el algarrobo
la salamanca del rayo.

Cuando los vegetales llegaron a la tierra
el agua no conocía a nadie.

Hace mucho que hablan entre ellos, con miedo
en las raíces,
hablan de irse.
Volverán a la luz
encelados
suntuosos
como el viaje nupcial de las abejas

a la misma luz
que entenebra el planeta.

VII

El hombre se ve entero en el ojo del animal
dentro de una gota
cayendo todavía en el aluvión de los astros.
Y ve el tigre tatuado por las llamas del sol
el tigre
clandestino
pisando apenas para no incendiar los campos.

Mira la víbora, guante del rayo,
la astronomía de la araña,
los nervios del relámpago en la cebra,
los meteoritos de los escarabajos,
la noche insepulta del toro
y la lujuria constelada del saurio.
Todo el cosmos preso en la manada.

Menos el colibrí que tiembla, fijo en el aire.

Ese
            recién está llegando.

XXIII

En el patio, ahí, en el calor,
soy transparente.
Todavía no soy nadie en los espejos
pero sí el único que jamás va a volver
cuando se interne como un león
en los yuyarales del baldío.

Tengo tres secretos:
todas las noches, despierto,
veo descender la muerte por la escalera
y, dormido,
      llegar
        la lluvia de fuego del fin del mundo.
Y el tercero:
de día en el mercado, por una moneda,
un viborero me cuelga dos serpientes en el cuello.

A mis padres no les digo nada. Hay que ser hombre.
No saben tampoco que sé volar. Y desaparecer.
Porque todo está lleno de lo que no existe.
Que lo diga mi abuela Lola que no ve

y recuerda a los ángeles
o mi abuela Candelaria que apaga relámpagos
con una cruz de ceniza.

«Dónde andará ese chico» se preguntan, sin darse
/ cuenta
que estoy en todas partes.

Un día me suicido para verme,
para acordarme de mí cuando sea grande.

Sé cuántos gallos asesina el alba
y que las tardes son una sola tarde. Aún no
terminé de contar las estrellas.
Por eso aquí no se muere nadie.

Yo los salvo.
Tengo una espada
y camino por el aire.

LV

Tardan en morir los siglos
como tarda en nacer el polvo.

¿Dónde estuvo la historia
lloverá nieve negra,
páginas de ardiente transparencia,
élitros de hombres ?

La memoria del universo, bifronte,
cabe en un instante.
En otra dimensión
está sola la espada,
sola la mano que la blande y, muy lejos,
solitario el enemigo que cae.
Allí nadie restituye a Roma.
En cada segundo Odiseo pierde a Odiseo.
El camino comienza, solo comienza
y desaparece el viaje.

En cada acto el César elimina al César.
Uno es el Cristo y otro el resucitado.

Esa latitud detiene las esferas de Galileo
y en el derrumbe eterno
fija el átomo. Ríe, impar, el Diablo
y se reconoce Heráclito.
Allí, seco
en su bocanada el héroe
que decapitó un imperio
(no sus vestidos,
la guerra fría de sus puntillas,
sus alamares de espanto)
allí el fuego fatuo de las naciones
estupefacto el Papa
y en su aguja negra
        el esclavo.

En esa inmensidad,
inmóvil en su crisálida,
vuela la historia
                helicoidal,
                inversa,
                rumbo a su gusano.

LVI

El que se lleva su tierra
no llega nunca

Ebria de biología
entre los estertores de la galaxia
era el único planeta que cantaba.
Cantaba con las aves, las cigarras, los jaguares
con arboledas y vientos forajidos
con lluvias olvidadizas
y nubes desesperanzadas.

Con el trueno y su mausoleo,
con los ríos,
con el trémulo desierto,
con todo lo que la nieve calla.

Ella misma era la niña de sus ojos
yéndose
como un aguaviva
bajo la sombrilla de la atmósfera.

Ahora va a desterrarse la manada.
La manada murciélaga con su carga de almas
se va a la luna, a sus mares mudos
y a la cólera de Marte.
Lleva como siempre
el Jesús en la boca
la parálisis de la geometría,
la razón y su emboscada
una bala
y una semilla.

Dicen que hay allí
          un silencio más grande que la vida.

El polvo no olvida al polvo.
No canta la manada.

DE: DURIAN
(incluido en el libro *GONG, Canto al Asia*, 2012)

El ejército de Terracota

Esta población de polvo
esta marcha del hombre
por la soledad del tiempo
estos mudos
son una provisión de humanos
para cuando no haya nadie en el pasado
para cuando no haya nadie en el futuro.

Cada uno es todos y es ninguno
y guarda su lengua
igual que una moneda secreta
entre los labios.

Mientras ellos avanzan,
inmóviles,
nosotros caemos
de nacer desconocidos

a morir desconociéndonos
en la guerra
que desde siglos se quema intacta en el aire,
helicoidal,
            insepulta
como un pozo ciego.

Este museo de los vivos
localizado en algún lugar de la muerte,
estos hombres apagados,
aldeanos, campesinos,
esta leva humana
solo para que la guerra sea mortal,
es lo que restará de nosotros,
semillas neutras
con la carne en el barro
y el porvenir en la memoria.

¿Quién puede detener el ataque
del vacío de los guerreros,
de los caballos fijos en el espanto,
del resucitado que apunta
con su flecha invisible?

Todavía mata el trazo,
la geometría letal
de lo que no ha nacido.

Miren en los ojos visionarios, en los párpados
de cansada arena
el poder mendigo
y en la boca,
donde se les descorazona
una vieja, inalcanzable, sonrisa,
la derrota de todas las victorias.
Miren los decapitados, de pie en el orgullo,
reunidos en el vivac de la disolución,
en un alto de la batalla,
palidecer
de una incontenible muerte natural,
mientras un caballo, hundido en la arcilla,
solo con la grupa en este mundo
salta, salvaje, hacia otra forma
y es miles de caballos
en el oleaje de la tierra.

En un rincón sobran los huesitos
del ladrón de tumbas

muerto por el mercurio,
el mercurio que mata como el hombre
porque no puede separarse de sí mismo.

Este ejército de arena,
esta sequía de la guerra
marcha desde China.
Va hacia la tumba de todos los imperios.

DE: GUARAN
(2012)

Selva inundada

El tambaquí, el tucunaré, las pirañas
cazan alguaciles y escarabajos
en la copa de los árboles.
La inundación le comió a la selva
la sombra y el habla.

Las especies mutan:
la anaconda, amniótica,
se ajaguara;
las nervaduras sumergidas
membranan
                    los murciélagos;
por el tronco del umbauba
emigra
un tropel de pálidos venados.
Solo las hormigas
anidan, inexpugnables, en su meteoro
de saliva y rabia.

La superficie se desampara

Y detiene el Amazonas
para que mueva el pez buey
su pozo sonámbulo,
vuelva al monte
la leña hambrienta del yacaré
y al ojo fetal del planeta
el círculo
            de la victoria regia.

Todos los ciclos fundidos
en el torrente inmóvil:
los segundos del colibrí,
el minuto del insecto,
la hora desolada de los peces
y la eternidad mendiga
                        del perezoso.

Hasta que haga pie la selva
                                    y un guarán
                                    con un golpe de sangre
                                    / anuncie
que perdió su doncellez la tierra

desnuda y abierta
como una orquídea
en la hembra luz de su edad de oro.

DE: TIEMPOS DE EUROPA
(2014)

Balada de Auschwitz

En la valija de Jacobo caben
una camisa, una fotografía
y el polvo del camino
que adelgazó cuando lo enterraron.

Estos son los anteojos de Issac.
Los de ver irse el mundo
por una grieta de un vagón del tren.
Los limpiaba con su aliento. No podía
respirar si miraba,
si respiraba se quedaba ciego.

Este es el pelo de Esther
encaneciendo solo. Esos
los zapatos de Samuel y la muleta de Aarón
y la pierna de madera de Raquel.

En esta mancha del jergón de paja
se disolvió el niño
al mamar la tiniebla de su madre.
Esa es la tela que tejieron con sus cabellos
(y es que lo frágil
                                        hila el espanto.)

Este es el sobre todo de Josué
donde se encerró. Su casa oscura.
No lo pudieron hallar
                                                cuando lo asesinaron.

Detrás de las barracas
los hambrientos alambrados
el ojo demente de los reflectores

y un patíbulo.

Fuera de Auschwitz todo es nieve
y silencio.

Hombres y mujeres por la tierra.
Por toda la tierra
          sombras
                        de blanco.

DE: NGORONGORO
(Poemas al Africa)

Jirafa

Tres minutos duerme
De pie
        tres minutos
        debilitando la sabana.

Huele al león.
Se incorpora
sube
    hasta donde
        ni ella misma se alcanza.

Y juega la torre.

El león busca
esa línea inmóvil
que eclipsan
las aterradas grafías
de las acacias.

Se oculta,
se vuelve pajonal en el pajonal,
conoce
que solo dejando de ser uno
se caza lo invisible.

Cuando ella
desciende
    recién dibujada
salta el león
por el contraluz
sobre el espejismo
        de la jirafa.

Y la mata, una y otra vez , la mata

                    pero no la mata.

Letanía de la patera

Entran al mar
se llevan un atadito de ropa
y otro atadito de pena para el viaje.

Van a la marea. Cada golpe de agua
les apaga el fuego que dejaron en sus chozas,
inunda los campos calcinados,
a los padres más viejos en la despedida
y los planetitas de los ojos de sus hijos,
desorbitados de hambre.

Más hondos que la noche
entran a la noche
y «nunca» dice el remo
        y la alta mar dice «nadie».

El oleaje les habla
en swahili, yoruba, árabe.
Que se vuelvan, les dice. Y ellos que no.
Que Alá es el más sabio,
                                        Que Iemanjá nos salve.

Y se alza la tormenta, se amontonan
igual que las hormigas,
unos sobre otros
hasta hacer una isla que los lleve a la orilla,
una isla de carne

pero pesa el pavor, pesa la ausencia de los dioses,
los recuerdos pesan
y pesa el oro de las grandes ciudades
y la sombra del mar
que los hunde
          por lo más oscuro
                    hasta el fondo
                         del vientre de sus madres.

DE: POESÓN
(al universo)

Imprecisión

Estos sistemas ocurren
en un solo acto
inconcluso.

O son una pérdida interminable
o una anunciación,
solo una anunciación
por lo que somos
temerariamente reales
e inconcretos.

Reconocemos el huero esplendor de estas regiones
—ambulábamos allí
cuando no éramos—.
Ese abismo perdura
en los ojos sin fondo de los animales,
la desolación de la luna,
y en la atónita orfandad de los objetos.

Ni en la muerte podemos acampar
ni llegar al origen,
ni hacer pie en el tiempo.

Concebimos el mundo
que nos está concibiendo

O quizás,
todavía
no estamos en el mundo
sino en su presentimiento.

Mundos paralelos

En los mundos paralelos
el mismo acto,
con iguales protagonistas,
modifica los hechos,
cambia el final,
trastorna el argumento.

No hay un único destino,
cada opción se cumple
(esa lección está en los sueños).

Si en la suma de todas las combinaciones
está el tiempo abolido,
la eternidad, entonces, no tendría extensión
y podría permanecer
en una inminencia absoluta
el universo.

El busca esa potestad.
Y apuesta.

Pero el azar no descansa.

Si el Todo para cada designio crea un mundo
el azar
          para cada mundo
                              crea un espejismo.

Duda

Después de cruzar la tempestad,
haberlo visto todo
y perdido la razón
la calavera, responde:

no, Hamlet,
ser y no ser,
simultáneamente,
esa es la cuestión.

Secuencia

De la mano del hombre dormido
cae un libro al suelo
el ruido lo despierta
pero antes, en el sueño,
el hombre cierra
con el mismo golpe
                    una ventana

La catástrofe
es anterior a los cuerpos.



Colección
Lima Lee

